



martín royo

En el principio estaba el barrio

Sergio Vila-San-Juan

En el principio estaba el barrio, Poblenou, al noreste de Barcelona. En este «Manchester catalán» emblemático del desarrollo industrial contemporáneo, las fábricas del textil han presidido durante decenios el paisaje y la vida cotidiana de sus habitantes.

De niña, durante los años 70, Neus Martín Royo recorría el barrio, siguiendo el perímetro de las grandes edificaciones fabriles o internándose hasta la vía del tren que entonces lo marcaba como un cuchillazo, separando la zona habitada de la playa y del mar. De la mano de su padre en los días festivos, o acompañando a su madre hasta la fábrica de encajes donde trabajaba, Martín Royo miraba una y otra vez las grandes chimeneas y los oscurecidos muros de ladrillo, y también los puntos híbridos donde las últimas ramificaciones de la periferia urbana comienzan a fundirse con la naturaleza, en esa tierra de nadie suburbial tan característica de nuestro tiempo.

Mucho tiempo después en los cuadros de la artista se percibe la remota vivencia de un entorno de espacios amplios (con naves y almacenes, y maquinaria de grandes dimensiones), pero también de calles tranquilas y sin comercios. Se percibe una experiencia de lugar profundamente urbana y a la vez muy aireada y muy abierta, ajena al abigarramiento característico de cualquier centro de ciudad.

No se trata de pintura metafísica; al contrario, resulta muy física, terrena y vivida. Porque mientras Martín Royo se hacía mayor, muchas industrias del Poblenou iban cerrando paulatinamente. Su destino oscilaba entre el derribo, el lento deterioro o la reconversión en centros culturales o asistenciales. Y la gente que trabajaba en ellas tenía que buscar otros empleos. En los cuadros este proceso se trasluce con una aceptación del devenir serena y nada trágica.

Desde que acabó los estudios Neus Martín Royo ha ido plasmando en sus lienzos fachadas de edificios, fábricas, comercios, vistas panorámicas. No hace figura humana. Pinta sin ánimo documentalista, buscando recrear imágenes permanentes, las que a fuerza de registrar una y otra vez ha hecho suyas. Ella dice que decidió trabajar sobre elementos de la realidad porque la parecía más rico que hacerlo sobre su propio mundo interior. Pero la realidad que presenta está interiorizada, y la humanidad y la experiencia de la artista se proyecta en los espacios retratados.

En la pintura realista actual es fácil encontrar paisajes urbanos abordados con frialdad y distancia, presididos por una arquitectura prepotente y adusta que parece imponerse con malos modos a sus habitantes y por añadidura al espectador del cuadro. Lo que singulariza toda una serie de vistas ciudadanas de Martín Royo es la calidez y un aire de proximidad que busca la empatía con el espectador. Esta ciudad de Neus Martín Royo es una ciudad que sonríe a quien la contempla.

Para conseguir este efecto a veces la pintora suaviza los contornos con detalles sutiles: notas de verde en un conjunto fabril, como ocurre en *Nuvolositat i tríada*, de suave luminosidad dorada. En otras ocasiones introduce claras reminiscencias de un mundo infantil, como en *L'aeroport més petit del món*, con su avioncito rojo dando vueltas a un eje en el Parque de Atracciones del Tibidabo.

Hay momentos en que utiliza la visión aérea. Pinta los edificios desde arriba, como si los observara desde un mirador o desde un helicóptero, empequeñeciéndoles y haciéndoles accesibles, limpios de toda prepotencia.

Otro de sus recursos consiste en atraer hasta el primer plano del cuadro un fragmento

de paisaje urbano, utilizando un encuadre fotográfico. La ciudad se convierte entonces en un tablero de cuadrados y rectángulos, con aire mondrianesco, que Martín Royo equilibra con las formas curvas de un depósito o la copa de un árbol, o dejando de pronto libre la más amplia superficie de una pared medianera.

Neus Martín Royo asistió de niña a clases de dibujo en Poblenou y pasó después por la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Central de Barcelona. Allí sintonizó con su profesor Francesc Artigau, conocido pintor figurativo con afinidades «pop» y compañero generacional de Serra de Rivera y de Miquel Vilà. La estudiante, que según cuenta ya tenía facilidad para el dibujo, aprendió de Artigau a desenvolverse con el color. Y también gracias a Artigau pudo desmarcarse de la tónica general en aquellas aulas y dar alas a su gusto por afrontar temas contemporáneos en clave realista.

Al principio empleaba unos tonos suaves que aplicaba en capas desvaídas, casi transparentes. Poco a poco algunas aplicaciones de color se hicieron más puras, espesas y visibles, más impactantes. Manteniendo siempre un dibujo realista y desarrollando en zonas enteras del cuadro un colorido también realista, Martín Royo intensificaba deliberadamente el cromatismo de áreas concretas de sus composiciones. Este colorismo tiñe de irrealidad toda una etapa de su obra, confiriéndole un tono onírico y como de ciudad ensoñada que envuelve emocionalmente al espectador.

Así ocurre con el sorprendente azul que cubre la fachada de la casa en *Terrat marítim*. Y con el fuerte verde y el amarillo de la edificación que aparece en primer plano en *Forassenyats*. Los tonos cálidos que invaden las cuadrículas de *Babel* y *Jungla enfiestrada*, el malva de *Malva vora el mar* la rosada luz crepuscular de *Sputnik* responden a estas características de sutil irrealidad y onirismo tenue y como de duermevela.

No es extraño que a una artista tan sensible a la estética suburbial le haya fascinado la visión de estas periferias con regusto a la pintura de Edward Hopper que tanto abundan en las ciudades de la costa Este de EE.UU. Así en *Shopping* o en *Urbanitas*, que recogen escenas de Boston o Nueva York atisbadas en una visita a aquel país, Martín Royo rinde homenaje a estas áreas destartadas, punteadas por comercios de tercera categoría y sometidas a la tiranía del automóvil, cargadas de lirismo a su despojada manera para quien esté dispuesto a encontrarlo.

Con la preparación de la Olimpiada de Barcelona de 1992 Poblenou sufrió una segunda transformación gigantesca, ésta de carácter urbanístico, que soterró las vías del tren, allanó territorios, derribó fábricas y levantó junto al mar la moderna y residencial Villa Olímpica. Hoy es imposible pasear por allí sin estremecerse con una sensación de tradición rota, de diferentes estratos temporales coexistiendo sin amortiguadores que suavicen la transición desde uno a otro. Esta tensión nutre piezas como *Oasi*, *El vapor de la llana*, o *La transparència del romànic*.

En algunas de sus últimas obras Neus Martín Royo ha vuelto a rebajar el color y se ha centrado en elementos estructurales: *L'altre maremàgnum*, *Energyzer* o *Voramars* plantean en tonos apagados variaciones de formas cónicas y rectangulares, de cilindros y de cubos. En esta línea hay un cuadro (*Negres enllaunats*) que la artista presenta limpio de veladuras, sin otra pintura que la utilizada para realizar la imprimación del lienzo.

Con sus nuevas piezas sobrias y sintéticas Neus Martín Royo parece haber perdido las ganas de ser amable. Ha dejado atrás el retrato cariñoso de un mundo en lenta desaparición, la arqueología de un paisaje industrializado cuyo carácter familiar lo hacía tranquilizador y entreñable. Se interna en un paisaje postindustrial impersonal y frío, mucho más duro y desesperado. Quizás Martín Royo inicia aquí su propia arqueología del futuro.